

**PRIMER PREMIO DEL XI CERTAMEN LITERARIO DE RELATO BREVE
ALFONSO MARTÍNEZ-MENA 2011 DE ALHAMA DE MURCIA**

AUTORA: CONCHA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ de Guadalajara

TÍTULO: UN OSCURO TREN

SEUDÓNIMO: NOVIEMBRE

El anciano avanza despacio por la gran sala –apoyado en un bastón de caoba- y se detiene ante el lienzo titulado “Vista del jardín de la villa Medici en Roma”. Se quita las gafas y extrayendo un impoluto pañuelo del bolsillo, lo pasa por los cristales repetidas veces, poniéndoselas de nuevo y contemplando el cuadro extasiado. Su similitud con el original –que él conoce de memoria- do deja de ser sorprendente. De todos los visitantes que esa soleada mañana de domingo acuden al Museo del Prado, él es el único que sabe el secreto del cuadro. Ni los años, ni el tiempo, han borrado de su ya torpe memoria las extrañas y rocambolescas circunstancias en las que esa perfecta falsificación fue realizada.

Tras dos días de viaje, avanzando despacio de noche con todas las luces del tren apagadas, Bernardo está cansado, como lo están todos los viajeros del extraño y excepcional convoy en el que se desplazan. Desde que salieron de Ginebra, la responsabilidad y la emoción le acompañan a partes iguales. Nunca pensó que esta oportunidad se le presentara de manera tan clara. Nunca imaginó que él fuera uno de los elegidos para el cuidado, custodia y vigilancia del mayor tesoro artístico que España hubiera tenido nunca. Sin embargo, Bernardo siente una dualidad que no sabe cómo digerir. Por un lado está feliz por el cometido que se le ha encomendado pero, por otro, siente una mezcla de rabia y tristeza, puesto que el tesoro viaja de regreso a su país para ser entregado a los golpistas. Viaja en un oscuro tren.

Recuerda las penosas circunstancias del rescate de los cuadros para preservarlos de las bombas de la Guerra Civil. Recuerda con cuánto valor, con cuánta dedicación y con cuánta implicación participaron diversos organismos e instituciones en aquel empeño. Recuerda el viaje de ida de aquel ferrocarril recorriendo una gran parte de la geografía española y los apoyos internacionales de tanta gente valiosa que ahora se sentiría frustrada y estafada por la absurda decisión del país que había guardado aquel tesoro.

La luna es una mancha lechosa entre las nubes. No hay estrellas y la noche y la tristeza velan juntas la vigilia de Bernardo que cierra los ojos e intenta descabezar un sueño para no pensar en un pasado que le hace daño.

El anciano no se ha movido en todo la mañana de la sala 16b donde se exhibe el hermoso cuadro de Velázquez. Se diría que toda su atención está centrada en ese pequeño lienzo y que el resto de las obras de arte que alberga el Museo no le interesan, pero no es cierto. Toda su vida ha estado dedicada al cuidado de obras de arte tan valiosas como las que se muestran en el Prado y no hay nadie que valore más su riqueza que quien se esforzó tanto por cuidarla. Sin embargo, el anciano ha venido hoy con una intención muy precisa: la contemplación y análisis de una sola obra, ésa que pende frente a él iluminando con su belleza toda la sala.

Ha amanecido y el tren avanza despacio entre miles de plantaciones de lavanda que salpican el campo con suaves pinceladas en todos los tonos de malva. La naturaleza -piensa para sí, Bernardo mirando por la ventanilla- alberga la más perfecta paleta de colores del universo. De vez en cuando, alguna casa se asoma al paisaje de manera tímida, como si estuviera fuera de lugar, como si aquel terreno hubiera sido sólo diseñado para ser ocupado por las flores.

A pesar de la belleza de la campiña, el tren avanza triste y enlutado, ignorando el color y los signos de vida que se esparcen como confeti alrededor de él. Los 22 vagones completamente cargados con valiosas obras de arte, más los

vagones ocupados por las autoridades, miembros de la seguridad y operarios, son una abrumadora carga para una máquina de carbón, potente, pero lastrada por el peso y la responsabilidad que remolca.

Parado ante la tabla “Vista del jardín de la villa Medici en Roma”, el anciano observa cada detalle, cada pincelada, recordando cómo y cuándo fue realizada, reviviendo el color de aquellos días tan intensos, el olor de los óleos, el saber de la pequeña venganza. El vigilante del museo le examina desde la distancia, mitad con curiosidad, mitad con recelo. Aunque el nonagenario le parece venerable y su vulnerabilidad y sus años le convierten en una persona poco capacitada para acometer cualquier atentado contra las obras de arte que él guarda con celo, le tiene preocupado la sonrisa maliciosa que el anciano tiene en su rostro, como si su figura y su pensamiento no estuvieran en sincronía y se movieran por caminos diferentes.

El tren lleva varias horas parado en medio de ninguna parte, entre campos de cultivo y pequeñas casas, donde quizá se desarrollen grandes vidas, vidas amenazadas ahora por la guerra que ha comenzado hace una escasa semana en Europa. A pesar del riesgo de los incipientes bombardeos, Bernardo ha detenido el tren en el sur de Francia al advertir, en una de sus rondas, que algunos cuadros, entre ellos “Las Meninas” y “La rendición de Breda”, se han desplazado de su posición, saliendo peligrosamente por los laterales del vagón de carga y corriendo el riesgo de caer al suelo o de chocar con el primer túnel que aparezca. Él tiene una delicada misión: devolver en perfecto estado los cuadros que transporta y arriesgaría su vida, si fuera preciso, para cumplirla. La recolocación de la carga es una tarea dificultosa y pesada, pero se realiza con la profesionalidad y la dedicación de todos los responsables implicados en el proyecto. Finalmente, tras varias horas de trabajo, Bernardo le hace señas al maquinista para que continúe su trayecto.

El anciano se aleja unos pasos para recrearse de nuevo en la observación de la tela, como si cada distancia y cada ángulo le diera una nueva dimensión al lienzo colgado en la pared. Aunque Velázquez pintó dos cuadros con el mismo título, éste, el que guarda tanta relación con su pasado, tiene la luz del atardecer, el otro de igual nombre recrea la luz del mediodía. Se vuelve a aproximar al cuadro y, sacando una lupa del bolsillo, lo examina con detenimiento acercándose demasiado a él. Entonces, el vigilante de la sala, movido como por un invisible resorte, se dirige rápidamente hacia él y le pide que retroceda. El nonagenario se sorprende de la interrupción inesperada y de la actitud –quizás un poco violenta- del mismo, pero acata escrupulosamente las órdenes sin oponer resistencia y se aleja unos pasos del cuadro, recordando que él mismo era igual de estricto con el cuidado de las obras de arte como lo es ahora este celador.

El rumor voló entre todos los miembros implicados en la salvación del Tesoro Artístico español como un devastador huracán. Suiza, que había reconocido hacía semanas el nuevo gobierno de Franco, ordenaba el regreso de las obras de arte al país al que pertenecían. Bernardo –sentado ante la ventanilla del tren por la que se cuela una noche negra como sus pensamientos- recuerda que la noticia les dejó paralizados. La Delegación española responsable de los cuadros desayunaba en ese momento en el hotel. El café se quedó frío y olvidado en las tazas como si de un pozo de tristeza turbio y gélido se tratara. Las tostadas, mordisqueadas, permanecieron huérfanas sobre la mesa y la mermelada de fresa que las impregnaba sembró de inquietantes manchas cárdenas el impoluto mantel blanco. Todos estaban consternados y no querían creer lo que ocurría. Se sintieron como parias. Fue entonces, cuando el desánimo, el estupor, la rebeldía y la impotencia le asaltaron, cuando planeó su desquite.

El anciano ha podido comprobar que los colores de la falsificación se mantienen estables como el primer día. Los aceites no han sufrido ninguna fisura y

los matices ningún cambio en su tonalidad. Ciertamente que en una de las más importantes pinacotecas del mundo, las condiciones de humedad, temperatura y luz se cuidan con una gran minuciosidad, pero nunca pensó que la calidad de los pigmentos que él utilizaba fuera tan buena.

Bernardo tardó poco en planificar la venganza. Aprovechó que parte de las obras se exhibían en una exposición en el Museo de Arte e Historia de Ginebra – antes de su marcha definitiva a España- para copiar, pacientemente, la “Vista del jardín de la villa Medici en Roma”. Aquel cuadro –que siempre le había atraído de una manera especial- iba a ser el vehículo de su venganza. El lienzo representaba un paisaje que le causaba al mismo tiempo perturbación y sosiego, inquietud y serenidad como si poseyera una dualidad capaz de producir los sentimientos más bellos y los más inquietantes. Además, gozaba del tamaño adecuado para sus propósitos: 48 x 43 centímetros. Así, durante todo el mes de agosto del año 1939, cuando los clamores de otra guerra empezaban a planear sobre Europa, acudió con metódica disciplina con su equipo de pinceles y pinturas a la exposición y copió cada trazo, cada matiz, cada color, cada rugosidad del lienzo, con la misma maestría con la que anteriormente había restaurado los cuadros del Museo del Prado antes de la sublevación.

La sala 16b del Museo se ha quedado casi vacía. La luz del día se filtra tamizada a través de unos ventanales que tienen la disposición adecuada y los cristales apropiados para no dañar las perfectas obras de arte que en ella se exhiben. El anciano se siente satisfecho del lugar preponderante que su cuadro –aquél que ha marcado casi toda su vida- ocupa en la pared. Pareciera que él mismo hubiera elegido el lugar de tan perfecto como le parece. A pesar de ser de un formato pequeño, el lienzo tiene tal fuerza que atrae, como él ha podido comprobar, todas las miradas de los visitantes.

Bernardo ha aprovechado la oscuridad y el silencio de la noche para abandonar su sitio y dirigirse al vagón diecisiete donde sabe, porque lo ha repasado mil veces sobre su lista, que se encuentra el pequeño cuadro de Velázquez cuya copia lleva perfectamente enrollada entre su equipo de trabajo. Es su turno de guardia. Sus compañeros duermen despreocupados en las posiciones más extrañas, olvidando gracias al sueño, el triste cometido que se les ha encomendado. Bernardo, pues, se mueve tranquilo. Entre todos los cajones almacenados, busca el que contiene el cuadro y, desclavando cada clavo con gran cuidado, lo abre. Luego, con sus manos expertas en cuidar arte, retira delicadamente el lienzo del bastidor y lo sustituye por el que lleva consigo. Coloca de nuevo el cuadro en su cajón, volviendo a cerrarlo con pequeños clavos, y echa una última mirada a la tela, sintiendo por primera vez desde que le llegara la noticia de la devolución, una brizna de alegría. Enrolla la obra original y la guarda cuidadosamente. No se siente culpable, no tiene remordimientos, no roba una obra de arte, la protege de las miradas codiciosas de unos rebeldes que han puesto patas arriba su querido país. Es una venganza pequeña, un gesto nimio, un grano de arena en el desierto de la sinrazón, pero a él le puede justificar el resto de su vida.

El vigilante mira su reloj y comprueba que quedan pocos minutos para la hora de cierre. Examina la sala y ve que ya está vacía, exceptuando el anciano que sigue estático ante el cuadro de Velázquez. Se acerca a él y le previene de que el museo va a cerrar sus puertas. El anciano asiente con la cabeza sin quitar los ojos del lienzo al que, ahora mira con nostalgia. El celador, conmovido por la devoción del anciano e impulsado por una extraña complicidad que ni él mismo es capaz de explicarse, apoya su mano suavemente en el antebrazo del nonagenario y le revela, en un susurro, que aquel cuadro que él lleva observando toda la mañana es, también su preferido. El anciano le mira divertido y, apoyan su mano arrugada sobre la del vigilante, sin poder evitarlo, le confiesa:

- Pues, créame joven, el original es todavía mejor.

Después, sin darle más importancia a la revelación, se despide y se marcha lentamente con su andar torpe y cansino. El vigilante le mira con una mezcla de conmiseración y ternura y, mientras le ve alejarse, siente una gran tristeza por la demencia del abuelo.